

La colección *Un libro por centavos*, iniciativa de la Decanatura Cultural, de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante* y se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles y organizaciones gubernamentales.

En este segundo ciclo de la colección, continuaremos con los mismos propósitos e idéntico entusiasmo, en la promoción y divulgación de la poesía colombiana y latinoamericana, con la inclusión de poetas considerados clásicos en diferentes idiomas y países.

Este n.º 108 de la poeta española María Ángeles Pérez López, es una antología preparada por ella misma para la colección, bajo el título *Mordedura de tiempo*.



N.º 108

MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ

Mordedura de tiempo

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL

2014

ISBN 978-958-772-

© MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ, 2014
© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2014
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Tel. (57 1) 342 0288
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Diciembre de 2014

Imagen de carátula
El pájaro lágrima, por Selena Millares,
técnica mixta, 61 x 46 cm., 2011

Diseño de carátula y composición
Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Nomos Impresores

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados
durante 10 años en www.uexternado.edu.co

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

CONTENIDO

Mordedura de tiempo [9], Los dedos con que cuento
las cosas que me pasan [10], Un día se superpone a otro [11],
Cuando llueve [13], Del paso de los días se deriva [15],
La sombra de la tierra [17], Hay días en que la luz querría
borrar [18], Cómo volver a escribir sobre lo mismo [19],
Soy una niña y pinto de colores [20], A veces la lengua
se nos queda pegada [21], Por las mañanas marchó a cazar
el bison [22], La espada polvorienta, sin su filo [24],
Las palmas que se agitan en el aire [25], Cuando duermo me
vuelvo sobre mí [26], Reclamo demorarme en cada gesto [28],
Ven. Sube hasta mi puerta [30], Conozco algunos juegos.
El juego del abrazo [31], Mientras estoy subida sobre ti [32],
Hay días en que no estás y yo imagino [34], Me declaro
la ausente [35], El pájaro que viaja bajo el cielo [37],
El mamut que conoce su extinción [39], El hombre que
hemos sido en el pasado [41], El corazón que llueve
desatado [43], El tiempo es una forma de la boca [44],
Dos piernas, dos rodillas, dos tobillos [45], La culpa es un
mordisco envenenado [47], Conozco la metáfora del grito [49],
La mujer pinta sus pies de verde y se sube a ellos [51],
La mujer espera la llegada de los ciervos [53],
De su ombligo pequeño, la mujer [55], Como los elefantes,
la mujer [57], La mujer pinta sus pies de rojo y se descalza [59],
Sobre su pecho muerto, la mujer [61], La mujer se pinta el
cuerpo de azafrán [63], La mujer es un bello, implacable
animal [65], Con un rotulador de punta verde [67],
La mujer es un pájaro que arrasa [69]

MORDEDURA DE TIEMPO.

Recuerdo con precisión cuando fui rosa de sangre
y crecían las libélulas de las orejas de los niños;
luego, esponja de luz en la bañera
para alumbrar los pechos dulces de las muchachas;
y ahora, delegada por el gobierno de mi país
para acompañar en su luto inconsolable
a las socorridas plantas de interior...

pero mi sueño es ser el plato perfilado,
la escudilla de espera
sin memoria ninguna de ceniza.

Y es que conozco

el modo como los cuerpos cortan el aire

el vómito secreto de la piel amarrada
que dejamos caer por las esquinas,
o encima de la mesa de mantel amarillo,
para un amor precipitado en su mismo vértigo

y el derribo de los andamios interiores
que deja un llanto de huérfanos insoportable
porque cada vez mueren más obreros constru-
yendo y es una pena.

LOS DEDOS CON QUE CUENTO LAS COSAS QUE ME PASAN
tienen su vida propia,
anidan las costillas de mi hombre,
atraviesan el aire con perfil riguroso,
pasean por su cuenta y riesgo, y no me entero,
me sorprenden con su extraño atrevimiento,
atrapan el relámpago y música en la noche...
Salgo a buscarlos a altas horas, siempre preocupada
y amanecen en cualquier sueño barato,
tanta educación primorosa para esto.

Desde el tiempo lejano en que surgían
del volcánico marasmo de la infancia
y narraban la cal y el sabor de la lluvia,
he sentido su vocación de extrañamiento,
la aventura gozosa de lo ajeno,
del cuerpo que no es de uno, pero casi,
y qué más, de la espada que se enarca.

Yo no sé lo que haría sin la gloria del tacto,
sin la efímera gloria del tacto,
puñalada de luz en el desastre.

UN DÍA SE SUPERPONE A OTRO.

Una tarea a otra.

Un desayuno y su cuchara a otro.

Forman como las capas del hojaldre
o de la gelatina:
no llegan a fundirse,
no se amasan con el sudor del tiempo,
no crecen como el pan repleto de las horas
empeñadas en lograr su perfección esférica
y crujiente.

En la cocina, mientras huelo
el perejil anónimo, la sal,
o la leche que hierve
—y que también suspira levemente—,
imagino que todo encuentra su sabor,
la dimensión exacta del gusto requerido,
ese espacio para el pleno desarrollo
de las papilas gustativas
y su redundancia,
de modo que no sean tan iguales
un desayuno y otro,
como no lo son
una cuchara y su gemela,

recuperadas en su perfil,
en la mella individual
e intransferible
del golpe contra la taza o el destino,
de la caída vertical hacia la ausencia.

CUANDO LLUEVE,
como ahora, que llueve,
aguardan en las cuerdas
mojándose sin prisa ni concierto
las sábanas, las toallas, los trapos de cocina,
la ropa modestísima y sensible
al tacto cariñoso de lo limpio.
Ondulan en la cuerda reventada
mientras sueñan un viaje
en el que no hay ventisca,
un recorrido audaz y descarado
por las playas de arena, de deseo
si es que no estamos en octubre
ni noviembre o diciembre,
sino en los días que expanden
una luz incendiaria
más allá de sí mismos, de su sombra.

La ropa que se orea contra el viento,
contra el agua paciente,
y se encoge despacio aletargada
está soñando un viaje placentero
hacia sitios de nombre impronunciable
en los que se rescata el verdor del origen,
su húmeda y caliente enredadera

escalando las piernas, subiendo por el tacto
aguzado y febril, incandescente.

Está soñando un paraje imposible y remoto
en el que el sol moja los pliegues de la boca,
del oído, los dedos,
la silueta impar de los tobillos
y su cóncave amplio en el centro del alma,
de la lengua.

Así que cuando meto la ropa para dentro,
empapada y feliz en su modo de ausencia,
no encuentro la manera de poder despertarla
hasta que no se desperece en el armario,
pequeña y encerrada como siempre
en el estrecho espacio del tiempo que nos guarda.

DEL PASO DE LOS DÍAS SE DERIVA
insoslayablemente
la pátina de polvo que oscurece las cosas,
el color primitivo, su prestigio.
Sobre las fotos,
sobre las cartas que aguardan la respuesta,
se posa la caída de las horas.

Así que cuando empuño mi bayeta,
o sea, cuando la empuño como un arma
combativa y alegre en su violencia,
postergo sin piedad cada jornada
e introduzco una variable impertinente
para dejar constancia de que es que estoy viviendo
entre las paredes, las cosas de mi casa.
Y que mi pulso es firme
como todo lo que amo
desde el esfuerzo ímprobo, inocente
de restaurar la imagen más hermosa,
la desprendida de sí, la aérea,
ya sin su propia penumbra,
sin la sombra tenaz, sin trayectoria,
frágil e incorpórea

y también consistente.

Con la misma fragilidad de lo que nos rodea,
nos circunda,
nos rodea del espacio imprescindible.
Con su ingenua y rotunda resistencia,
sus uñas contra el tiempo
o el olvido.

LA SOMBRA DE LA TIERRA,
la inicial, la ennegrecida,
fermentada por el humus feliz
del nacimiento,
ocupa la dilatada posesión
del tiempo en que no somos,
en que andamos, rumiados,
en la imprecisa coordenada del deseo
de ser y estar que son nuestra condena,
los dos al mismo tiempo, necesarios
hermanos cada día, inaguantables
en su riña, en su celo, su avaricia.

La misma negra tierra que atesora la lágrima,
que atesora con prisa el suspiro,
oleaje,
que especula la justa proporción
de sales minerales, de tesoro
nutriente como el aire, como el beso.

La misma que remonta del invierno,
del tiempo de la infamia, el de la dicha,
la misma que remonta del manantial oculto
con su carga preciosísima de líquido,
la que nace del padre, su batalla
al inicio del amor y de la historia.

HAY DÍAS EN QUE LA LUZ QUERRÍA BORRAR
el signo de la sangre cotidiana
un viernes cualquiera de ceniza
en que un barrendero recoge una paloma
que está muerta en la calle,
caída sobre sí.

No le tiembla la mano
al empujar el cuerpo y su perfume
con preciso
inquebrantable movimiento de muñeca,
y yo miro temblando el gesto elemental
de arrastrar, de alejar lo carnal si no lo es,
si perdió la preciosa trabazón con el palpito,
su atadura solemne con la vida.

Mientras cae a su muerte yo miro esa paloma
alejada de sí, oscurecida
por el tiempo en que deja el hueco de la especie,
aterida en el suelo de cemento,
su corazón profundo, tan tempestuosamente
animal como el mío, tan innoble.

El día trae la marca de su herida.

CÓMO VOLVER A ESCRIBIR SOBRE LO MISMO
si todas las palabras que articulo
desde el alveolo azul de los quebrantos
están viejas, podridas, polvorientas,
se anudan a su propio pañuelo enmohecido
y se ocultan, oscuras e imposibles,
llagadas por el tiempo de la herida,
desde entonces tan torpes, imperfectas.

Porque busco otra cosa y no la encuentro,
un verbo luminoso para quemar la tarde,
que de pronto sea todo insensato amarillo,
que venga nuestra gente en la luz incendiada,
en la espita feliz de todas las burbujas
subiendo como locas, divertidas,
a respirar septiembre que es un nombre insensible
y no sabe que guarda el hueco de la pérdida,
que venga nuestra gente y que se quede
a merendar un sol como un relámpago
duradero, eso sí,
que sea duradero.

Sobre todo que sea duradero.

SOY UNA NIÑA Y PINTO DE COLORES
el tronco sepulcral de los dibujos,
un árbol como un diente contra el cielo,
la forma imaginada del ahorcado.
Quiero ser una niña y volver hasta el vientre
del agua y su silencio del inicio,
el flujo de la sangre que me lleva
y hace infancia este tiempo insoportable,
pero estoy viendo el mar como la suma
de capas de aluminio y de desecho,
el peso en la cabeza de metal,
la entraña solitaria e inquisitiva
atenta a ese rumor que no se siente.
Vigilo la semántica del agua,
el modo en que la arena se hace verbo
y nombra nuestras huellas en la espuma,
no acaricia palabras para el aire
pero sí los tobillos y zapatos.
La voz que anda escondida en su guarida,
su cajita de miedo musical,
aguarda que restalle el alarido
de estar viviendo el pánico de ser
si el miedo es una forma de la boca,
una expresión del cáliz de amargura.
Las olas entre tanto se divierten,
su canto es insonoro y necesario
para aguardar el tiempo del exceso.

A VECES LA LENGUA SE NOS QUEDA PEGADA
de tanto atravesar el mismo sitio
sin poder situarse para decir vocales,
sin poder arquearse como una piedra limpia
con su arista,
sin las letras rumorosas para rozar la piel
del cartílago dulce en el oído
de alguien que es nuestro cómplice y ternura
para decirnos hola, qué es lo que andas haciendo,
te espero como al agua, como al pan amasado,
como al tiempo que entrega su abundancia.

Ocurre que a menudo la lengua no se acuerda
ni de su parentesco con el mar
y se queda varada en las orillas
del cielo de la boca, de los dientes,
pues no vienen las viejas consonantes
a reclamar el próximo combate,
ajadas como cuerpos en el sueño,
y cuando vienen arrastran los pies, se descalabran,
caen de sí mismas
y al final ni se animan a pedir nueva audiencia.

Ocultas y andrajosas
se quedan en silencio.
Entonces nos devora la condena.

POR LAS MAÑANAS MARCHO A CAZAR EL BISONTE,
me cubro con la piel primera de mi mundo,
las flechas son del hombre que acompaña
su sueño y lo acompasa con el mío,
él marcha por su lado y su vereda
para escribir su parte de la historia.
En la mía estoy sola como siempre,
oliendo el miedo atroz y ese reguero
de huellas que conducen al combate.
Esas otras mujeres no cazaban
—las que miran desde antes y sonríen—,
alentaban el fuego y su videncia
ocultas en la sombra de su vientre,
maternas y cubiertas de maíz.
Pero ahora los tiempos son distintos,
la tribu no conoce la memoria,
he aprendido las marcas del venablo
y entonces hago mío el sufrimiento
de atrapar, de arrojar al animal
hasta su muerte escrita desde siempre
y llevarlo arrastrando, desollada,
también yo desteñida de su sangre.
Cuando vuelvo a la tarde me siento a llorar
porque advertí que el miedo es infinito,
y traigo roturadas sobre el rostro

las mías, las heridas de la lucha.
Soy responsable entonces de un pedazo
inmenso del dolor de la contienda,
de que cumplan su plazo algunas leyes
como la universal ferocidad,
de un trozo de la carne y de la lágrima
con que el bisonte sirve mi sustento.

LA ESPADA POLVORIENTA, SIN SU FILO,
añosa como el árbol con su perro
se entaña en el olvido de sí misma
y abona los baúles mutilados.
La espada derrotada por su sombra
no recuerda ni el nombre del herrero
y ya no es más la carne que se hunde
mientras se abren imprudentes las violetas,
ya no es más la herida sin sangre y sin espina
de un tiempo en el que aún se atravesaban
las líneas de la mano con un beso.
La que lejanamente fue espada de dulzura
escupe entre los dientes la saliva agostada
porque sabe que el tiempo no perdona,
pero sabe también que la gloria del cuerpo,
el perfume densísimo del cuerpo
acaba desbordando la medida del vaso,
la de la hostil prudencia de las buenas maneras
y escribe por la espalda como un escalofrío.

LAS PALMAS QUE SE AGITAN EN EL AIRE,
que bailan con la sombra que da el cuerpo,
también con la carnal inmediatez
de estar enfebrecidos en la noche
traen lumbre y corazón, carbonería
para romper el vaso y encenderlo
contra el muro de signos del papel.
Traen voces como quejas apagadas
si las anuda el hilo de la sangre
de otras muchas mujeres aguardando
en el broche plegado de la genealogía
que deja su hojarasca y su relumbre.
Se transparenta entonces el luto de los rostros
de mujeres ceñidas a la estirpe,
sombrias desde antes de ataviarse
con telas de la pena y del castigo,
espléndidas y oscuras sucesiones
de sol, de caracola y de su tizne,
de espera contra el fondo de su tiempo
y vueltas sobre sí, estremecidas
palomas de la noche que cantan la alegría,
el frío, la intemperie, la alegría.

CUANDO DUERMO ME VUELVO SOBRE MÍ,
abrazo con las manos mis dos hombros
y así encierro en un círculo de carne
ese ardor expansivo que me alienta.
Entonces soy un centro sin orillas,
perdí la orientación de los imanes
y viajo por el sueño sin fronteras
imaginando peces de papel,
frutas redondas y húmedas de agua,
semillas atrapadas en el caño
de savia recorriéndonos el cuerpo
feliz de estar creciendo contra el aire,
algunas amapolas y el cantueso
con que mi abuela entona su pasado,
una pradera verde y sin muñón
en la que estar jugando a que me tocas
despacio, con lascivia contenida,
mientras el cielo mira enrojecido.
También sé imaginar los surtidores
con que la luz penetra por los poros,
incendia los contornos de las cosas,
la piel enardecida por el roce
espeso con que el sueño me aproxima

al comienzo del clima y su fulgor.
En el sueño soy de agua, continente
que perdió la espesura de la roca
y se fue declarando tierra nueva
y virgen roturada por el tiempo.

RECLAMO DEMORARME EN CADA GESTO,
la lentitud feliz en las dos piernas
si tengo todo el sol sobre la nuca
y el tacto es una forma nutritiva
y exacta de sentir sobre la sangre
el viaje subterráneo de la dicha.

Reclamo malgastar cada minuto
en mover lentamente los dos pies
si el sol viene a incendiarme por las tardes
y el tiempo de la prisa es secundario,
si un momento viene en su eternidad,
su condición perenne y sin derrota.

Reclamo la imposible permanencia
de un brazo sobre el aire del verano,
el giro de una mano que se aleja
del cuerpo y se mantiene sin caer
hasta negar rotunda algunas normas
y leyes legisladas en invierno
como la de los cuerpos abatidos

contra el suelo, en el tiempo de la muerte.

Reclamo la bellísima ocasión
de estar al borde mismo de la tarde
en esta permanencia, en la fijeza
de la luz recortada contra el cuerpo
translúcido y tan lejos de su ruina.

Reclamo este minuto sin orillas.
A sabiendas de todo lo reclamo.

VEN. SUBE HASTA MI PUERTA,
entreabre los goznes despojados,
la bisagra del cuerpo y de la casa.
Escala los ladrillos, las rodillas,
la pierna en su medida inmovible,
remonta en el caudal de la inocencia
que canta su canción entre los muslos,
súbete hasta la piel y su epidermis
arriba del calor, en lo más alto.
Levántame hasta el techo del deseo,
hazme llegar al sitio de la lluvia
cuando cae sobre hombres y pardales,
al lugar del sonido donde duerme
el ángel turbador de la belleza.
Encárame en lo alto, en la espadaña
con que se parte el cielo en dos
sin hacer ruido
y deja derramarse por los campos
la irradiación gozosa de la dicha.
Hazme aérea, volátil, vaporosa,
izada en el pináculo del tiempo.

CONOZCO ALGUNOS JUEGOS. EL JUEGO DEL ABRAZO
que arrastra las maletas cargadas de impaciencia
para comerte el hueso carnoso de la boca,
las orejas pequeñas, mimosas de cartílago
con que doblar el aire en pliegues de papel,
los dientes y la lengua dormida en esa sombra.
Para comer tu lengua, los dientes que ahora cantan
la inocencia del aire que se vuelve esponjoso
si nota que me acerco a jugar este juego
de comerte la pulpa jugosa de los dientes,
de los dedos burlando el tiempo y cremalleras
que esconden la tibieza de la entraña, la sangre.
Para comer los dedos pequeños de tu pie,
de rodillas y muslos abiertos al temblor
que es esperar el sol que llega entre mis labios,
el que trae una llama para incendiar tus piernas
y el sexo que aguardaba como un ciprés vencido.
Para comer la carne dulcísima del dátíl
del corazón nutricio y sus viandas.

MIENTRAS ESTOY SUBIDA SOBRE TI
y juntos arqueamos la bóveda del cielo
solo puedo escuchar el rumor de mi sangre
golpeando los poros, la pared de la piel,
el tambor de cristal de la sangre bombeando
varios litros espesos por minuto.
Cuando estoy sobre ti no pienso en casi nada,
solo siento una zona de sol que me conduce
al amarillo hueco del calor,
al lugar en que tiemblan las espigas
antes de su recolección para la hoguera.
Porque tiemblo y escucho la pulsión de la sangre
como si fuese tierra que se estuviese haciendo
en el horno inicial del corazón del mundo,
escucho su rumor subiendo de volumen
antes de su erupción en lava y en ceniza
y su anverso es el génesis pero tiene también
transustanciado el rostro de la muerte.
Y es que mientras estoy subida sobre ti
me llegan otros ecos de desastres,
lo del desplome azul de las casas de Oriente
que alguien cuenta en la radio, no le tiembla la boca:
Afganistán es nombre de tristeza

si ha habido un terremoto y no era de placer.
Por eso continúo subiendo por tu pene
y así estoy conjurando la caída del tiempo,
la caída devastada de la gente en Tajar,
la redención –que es falsa– del sufrimiento horrible
porque atrapo un instante nuestra gloria insensata.

HAY DÍAS EN QUE NO ESTÁS Y YO IMAGINO,
supongo que es que vienes a buscarme
y vamos al principio de la historia
para evitar ser frágiles, mortales,
caducos y encendidos de veneno.
A veces soy furiosa, como ahora,
mi deseo se vuelve humillación
y estoy imaginando destrucciones
del tiempo, del ladrillo enrojecido
para que se arrodillen los corceles,
las casas y su mecha, las iglesias,
la fuente oculta de la pleitesía,
el río y su caudal empobrecido.
Para que venga el viento de la ira
y encienda de pasión los minicines,
para que nos quememos en el roce
de hacer migas el rostro del fracaso
que es esta oscuridad del sufrimiento.
Que vuelvas por tu cuerpo y tu cuchara,
porque yo tengo aún tiempo y me siento a esperar
antes que caigan lágrimas, la tarde
obscena en su alboroto y en su ausencia.

ME DECLARO LA AUSENTE,
la que deja su cuerpo en cualquier sitio
como quien se abandona con cansancio
y parece mirar cada grano de arena
que cae pesadamente mientras mide
la ruidosa llegada del futuro,
pero en verdad escucha los quejidos
que los otros esparcen en el viento
como los sembradores de cizaña,
el modo en que la savia recorre como sangre
el cuerpo vegetal de las encinas
cada vez más rojizas contra el sol,
ese temblor apenas perceptible
con que los saltamontes se estremecen
en el salto encharcado por el hambre,
o la deflagración que hace estallar al hombre
y lo lanza con rabia contra el suelo
para el festín de lágrimas y pájaros
en el territorio llamado país.
Me declaro la ajena,
la que apoya sus brazos y sus hombros
contra un trozo infinito de pared
mientras tropieza lenta en cada signo
y busca ser visible-no visible,

infame paradoja en la que estar
peleando por mi trozo de dolor,
mi pan envejecido de repente,
pan ácimo y amargo en su alimento
pero tan necesario como el día
y el tiempo en el que gira el corazón.

EL PÁJARO QUE VIAJA BAJO EL CIELO
y viene a golpearse contra el coche
como quien cae rendido y se levanta,
arrastra sus cartílagos, su sombra,
su corazón caliente y separado
en cuatro habitaciones para el aire.
En ellas se resguardan los alisios
y el frío desconsuelo del invierno
cuando la sangre mueve lentamente
su río enrojecido, su caudal,
su modo de morir y levantarse
para picotear migas de sol.
El pájaro que viene contra el coche
es uno e indiviso, inconfundible,
y si distingue el eco de la especie
y atina a acompasar su corazón,
en el golpe está solo y yo con él,
seguidos por los dogos de la sombra.
Por eso, y aunque apura con violencia
la gota venenosa de la prisa,
su cuerpo diminuto y trashumante
no puede separarse de su sombra,
esa zona de umbría y de frontera
con que el sol nos recuerda el parentesco

insoponible, estrecho de la muerte.
La sombra lo acompaña, me acompaña,
le otorga la tiniebla, desazón
con que encender el día y sus volutas,
la masa medular y oscurecida
en que el tiempo nos brinda sus oficios
y escribe la desdicha a contraluz.

EL MAMUT QUE CONOCE SU EXTINCIÓN
se rasca y se despeina sin cuidado,
se lame los rasguños y sonríe
por si el día está lleno de alboroto,
e igual sale a buscar cada mañana
el musgo, el junco tierno y sensitivo
con que vencer al hambre o al glaciar.
Después duerme despacio sobre el suelo
y sueña con los hombres que dibujan
su lomo atravesado en una cueva.
Entonces siente miedo, se cobija
en un pliegue dorado por la tarde
y olvida cualquier sombra de dolor
al llegar la mañana, el apetito.
A ratos, omitido de la especie,
como uno más de entre los animales,
aguarda y se trastorna, se incomoda,
sonríe con cariño, tiene crías
y canta contra el miedo en las tormentas.
También yo me levanto, me persigno
y me abrocho la luz contra la boca
para salir al mundo y entenderlo
si mueren las violetas por el frío
y alguien queda tendido en la memoria

del llanto, su columna vertebral.
También yo me acomodo bajo el sol
y sueño con los hombres que dibujan
las lanzas para el lomo del mamut,
la herida de su sangre transparente
manchando las paredes de la cueva
como si yo sangrase junto a él
y al hombre muerto en la comisaría
sobre una piedra roja y encerada.
Pero después el día trae el deseo
y vienen la alegría y el antojo,
las hojas diminutas de coraje
y su apetencia herbívora y feliz
para rumiar el tiempo y digerirlo.

EL HOMBRE QUE HEMOS SIDO EN EL PASADO
se acerca lentamente y nos saluda
como quien ve de pronto a un conocido
borroso y desprendido entre la niebla.
Como quien mira a otro y se incomoda
por el salto infinito de la especie
que trae la semejanza y el contraste,
el hueso y su cartílago amoroso,
la oreja, el peine manso y acabado,
el sexo y su ventura, los pulmones
comunes en sus zonas cavernosas,
el mismo corazón y su perenne
afán de traslación sobre la tierra
para llevar el peso de la sangre
hasta la conquistada vertical.
También cada perfil, su discrepancia.
El hombre que hemos sido en el pasado
se acerca y nos saluda en su indolencia,
confunde aniversarios y dolores,
reclama lo que no hay desde hace años,
escucha y llora en su cansancio tosco,
paladea palabras muy remotas:
la ira, la inocencia, el desconcierto,
el mar, sus caracolas encendidas,
el frío, el tiempo lento, la alborada

y su conquista ruin, imprescindible
como una gota clara de placer.

Y cuando va a marcharse pesaroso
repite un gesto antiguo y su señal,
un modo estremecido de mover
el aire y de apartarlo con ternura
que me hace recordarlo, recordarme,
un súbito aleteo en el que el tiempo
tiembla y desaparece calcinado,
viene a ser como un cuerpo no visible,
un modo de encontrarnos sin caer,
un ¡qué más da! y su abrazo sostenido
por la copa febril de la alegría.

EL CORAZÓN QUE LLUEVE DESATADO
y pierde su armazón, su compostura,
su normativa estricta de compuerta
o dique, retentiva y contención,
sorprende en su violencia y se desata
mientras una muchacha incendia una cabina
y grita su dolor humedecido;
así crecen las hojas de los árboles
en la humedad primera del dolor
y el barro ennegrecido de la tierra
que trae su compasión y desamparo
se ayunta al llanto oscuro en cada gota
para hacer vertical la geología.
Llueve también sobre mi corazón dormido
como si no pensase concluir
el tiempo en que los nombres se hacen de agua,
y cada gota tiene su porción
alícuota de hierro y de pesar.
Por eso cuando llueve los mamíferos,
los lóbregos mamíferos contamos
despacio y varias veces nuestros huesos,
las piedras de cristal de cada hueso
y su sermón de luz resplandeciente
para llorar de pronto con escarnio,
visibles, necesarios y maduros
ante el día que juzga y nos ampara.

EL TIEMPO ES UNA FORMA DE LA BOCA
si descubro aterida que apaciento
un oscuro baúl impredecible
que arrastro de este lado para el otro.
Porque apenas recuerdo su llegada,
la fecha insoportable en la que es mío,
su llave y su candado como espuelas
del corazón y de su espuma roja.
Del baúl salen cosas imposibles
y se golpea la rosa de los vientos.
También salen las cosas personales,
la miga levantándose en el horno
del parentesco vivo y necesario,
alimenticias formas de ternura
o de espanto feroz en el desastre
porque el odio alimenta cada día
igual que la ternura, y envenena
el pan con que la boca se sostiene.
No hay forma de olvidar ese baúl,
de dejarlo tirado en una esquina
ni de perder tampoco ese candado
ni la llave maldita que lo abre,
lo hace un inmenso fardo que nos urge
doblemente como un cadáver sucio
y que es nuestro pasado, nuestro tiempo
en su belleza extraña y condenada.

DOS PIERNAS, DOS RODILLAS, DOS TOBILLOS,
los dedos diminutos de los pies
que son tan parecidos unos a otros
y suman sus falanges en parejas,
los huesos semejantes, sucedidos
y su contaduría vertebral
para escribir el peso o el fulgor
son nómina y carbón en papel copia,
perfecta simetría con que el cuerpo
busca no estar tan solo y se consuela
del lunes y su abrazo envenenado.
Por eso se acompasa en paridad,
escruta sus meninges, sus alardes,
su tiempo entristecido y concluyente
y cuenta sus costillas mientras gime,
porque es inmensa la llanura sola
y el sol está tan lejos como el mar.
El día en que nos faltan los afectos,
palabras olvidadas como trébede,
justicia, lapicera o resplandor,
cuando estalla la flor de la torpeza
y aroma los manzanos al troncharse,
el cuerpo se conforma como puede,
busca su concordancia, su acomodo
para la ley de las compensaciones

y balancea su peso duplicado
por el estrecho beso de lo dual.
Tan solo los impares desiguales
—el sexo, el corazón o la cabeza—
revientan en su plomo solitario,
reclaman con ardor para la sed
y exigen de algún modo compañía,
un canto en que se enreden otras voces
haciendo más liviano el universo.

LA CULPA ES UN MORDISCO ENVENENADO,
la piedra cristalina que se mueve
y arrastra su reguero de dolor
como un hilo de sangre en los riñones
con que anudar, con mano estremecida,
lo que fue a lo que nunca llegó a ser
pero debió haber sido, si fallamos
en la conjugación de cada verbo.
Después lloramos largos, con pesar
sobre cada palabra sin fortuna
—pareciera que son esas palabras
de pronto como un pálpito de sangre,
un golpe de calor en los pulmones
y de ahí a la lengua que se incendia
en el nombre elegido torpemente
si quise decir odio y dije hartura
y quedaron los labios calcinados
en la extensión enferma del azufre—.
La culpa es una forma de la ira,
la hija más violenta del dolor
que arrastra en la elección de cada verbo
el mundo tortuoso de la placa
tectónica y su ardiente recorrido
sobre palabras rojas, hematíes
con que escribo este tiempo en el que estoy

o soy escasamente, pero soy,
si puedo no decir, y sin embargo
no tengo otra condena que querer
la vida con sus uñas, sus perjuicios,
sus faltas y su risa, su temblor,
su cofre refinado en que la culpa
se duerme solitaria y redimida.

CONOZCO LA METÁFORA DEL GRITO,
la que rompe la boca, descerraja
un tiro entre los dientes y la lengua
y la deja excedida e imposible
como una flor oscura en el ojal.
Inclusive en los libros olvidados
—en traslación febril del signo al signo—,
ocurre que a menudo las palabras
desmigan la tibieza de la tarde,
violentan el estuche de los días,
la alquitara caliente del afecto
en que fermenta el tiempo y su uva negra.
La palabra ambulancia, su ofertorio
grita de forma aguda y malsonante,
estrecha contra sí la complacida
esfera de cristal para las horas,
discute la ablación de las muchachas
y descoloca el eje de la tierra
si creímos ser nuestro ese dolor
que viajaba en la tarde, y que venían
a dármele, a entregármelo en el nombre
que me dieron los padres al comienzo.
Si es la palabra hermana, o descosido

por la herida tiñendo los lapachos
con su flor encendida en la memoria,
la boca se atormenta para ser
el centro en que descansan las encinas,
la piedra que se enfrenta a su aflicción.

LA MUJER PINTA SUS PIES DE VERDE Y SE SUBE A ELLOS.

De los talones nace el odio del asfalto,
su ennegrecida capa de petróleo
embetunando pájaros y niños,
forma de aminoácido esencial
que desgasta las alas, la llovizna,
las caracolas blancas peleando
contra el rencor viscoso de la brea.
Con una brocha grande, la mujer
pinta el verdor oscuro de las aguas
en las que se deslizan los arenques
y sus anillos de aire livianísimo,
también los hipocampos, las ballenas,
los moluscos marinos que retozan
en praderas de posidonias vivas
y se aparean en nombre del amor.
Igualmente la hierba de los prados,
el musgo cariñoso y los helechos
comienzan en los dedos desiguales
de los pies y remontan las rodillas
como salmones tibios desovando

a la altura feliz de las caderas.
Para el negro sudario del benceno
que atrapa las gaviotas y las lanza
contra la arena triste, enrarecida
del tiempo y el esfuerzo alquitranados,
la mujer se encarama en sus dos pies
y suelta el corazón como una tórtola.

LA MUJER ESPERA LA LLEGADA DE LOS CIERVOS.

Se sienta en la cuneta y se descalza.

Con la uña más pequeña de su pie
rasca la tierra blanda y enmohecida
hasta arrancar un árbol de raíz.

Con un dedo invisible en su estatura,
remoto soberano primordial

empuja los nogales, los gomeros,
las hayas y los robles, los manzanos.

Después, bajo la lluvia, se arrepiente
mientras le late el pánico en la ropa.

El dedo mutilado es como el odio
del árbol mutilado, en la mujer
que se pinta en los labios treinta y dos
piezas dentales blancas, esmaltadas
con las que no morderse los pezones
ni llorar por los árboles caídos
y que suben despacio, en sus alveolos,
como subió cada árbol a su copa.

Del tronco descuajado, vuelto torre
gemela de otras torres neoyorquinas
caen los pájaros muertos, las personas
como estorninos muertos, el ramaje
como chicharra muerta, los tablones

como féretros muertos para Irak.
La mujer entretanto se avergüenza,
guarda el dedo y su uña, sus dolores,
el esponjoso hueco de la encía
en que ató cada diente su raíz
y levantó una torre mineral.
A su lado, los árboles reposan
su tiempo de madera, griterío
de perros y de niños clausurados,
los brazos y las piernas como ramas
taladas con dolor contra la tierra.
Los animales huyen espantados.
Los ciervos se disculpan y no vienen.

DE SU OMBLIGO PEQUEÑO, LA MUJER
saca un hilo invisible y despiadado
con el que fabricarse una peluca.
Tira de él, lo devana en un carrete
y teje una melena amarillenta
para tapar su calva, su pesar,
su cráneo endurecido por la quimio.
Cada porción minúscula de pelo
equivale al total exactamente,
en un píxel de la hebra rectilínea
es completa la masa celular,
resume lo heredado y lo futuro,
el tiempo en su promesa y su baúl.

Por su ombligo pequeño, la mujer
se levanta sin lágrimas, pasea
por el pasillo blanco de hospital
y mira sin rencor y sin pestañas.
Después pinta con yodo su peluca
y sonríe despacio ante el espejo
con su hermosura intacta y sin dolencia.
El yodo trae el mar y las gaviotas;
su perfume es salitre y condición

de isótopo soluble, hospitalario
que acaricia la calva, cicatriz.

De su ombligo no nace ningún loto,
no hay belleza redonda o proporción
áurea que mida el mundo y a los hombres,
sino solo el trajín deshilachado
del útero manchado de pobreza
que alberga, como un cuerpo en otro cuerpo,
la condición fibrosa del tumor.
Pero ella no se queja ni lamenta,
pinta un pez de agua dulce entre su pelo
y lo peina despacio y entregada.

COMO LOS ELEFANTES, LA MUJER
se inquieta ante los huesos de su especie,
mueve nerviosamente la cabeza,
se extravía y tropieza en su dolor.
Los esqueletos largos, mascarones
que arrojaron el mar y el pleistoceno
para dormir, lavados por el agua
hasta volverse láminas de luz,
son una herida abierta y silenciosa
que los grandes mamíferos levantan
con tal delicadeza, con colmillos
en su arabesco y su melancolía.
Porque los elefantes, la mujer,
elevan la osamenta de los suyos
y los acunan con sus grandes dientes,
los mecen con pasión y con trastorno.
Como los elefantes, la mujer
cubre su piel de arena y de termitas,
arroja a sus costillas, su espaldar
la tierra de sus muertos, se recubre
de su aspereza seca, ventolera
o ráfaga de tiempo calcinado
y canta lentamente una canción
que en su baja frecuencia, solo escuchan

congéneres lejanos, primordiales.
Cuando pinta sus dientes de marfil,
dentina opaca y blanca, romboidal
que prestigia su boca y su alegría,
la mujer talla en ellos la aflicción
preciosa, endurecida como laja
que atraviesa la luz y la somete.

LA MUJER PINTA SUS PIES DE ROJO Y SE DESCALZA.
Bajo su ropa, el cuerpo es transparente
y lo atraviesa el tiempo y sus cristales.
Cuando se mueve ausente de sí misma
y se disuelve blanda en el acopio
del vértigo que trae la atrocidad,
se borran los colores de su cuerpo,
medusa oleaginosa e invisible
que precipita el agua y el dolor
soltando en escorpiones la mañana.
Por eso se rebela contra el blanco,
inventa otro mar rojo y su prodigio,
el corazón abierto y mercurial.
Con la sangre rojísima y alegre
de la barra encendida de carmín
pinta un hígado tierno en el exacto
milimétrico lugar para su hígado.
Sobre el pulmón, dibuja otro pulmón,
el hueso peroné sobre su pierna
y sobre ella, un bisonte que no muere.
Para la aorta, un hilo delgadísimo
por el que corren potros y hematíes,
en la yema del dedo principal
un caracol valiente y diminuto
que avanza de aeropuerto en aeropuerto

y jibariza el miedo, los desastres.
Y en la matriz, el mar y sus campanas.
Sobre su cuerpo blanco de dolor,
translúcido en el tiempo desolado
de las flores que mueren sin aliento,
pinta un cuerpo completo, enrojecido
como un sol vegetal e imprescindible.

SOBRE SU PECHO MUERTO, LA MUJER
pinta una gran ventana para el aire.
El corazón, en su áspera alegría,
asoma al sur su sala octogonal
por el hueco del seno que extirparon
la enfermedad, la mano, el bisturí.
Sobre su pecho muerto, la mujer
raspa cualquier recuerdo doloroso
y colorea el soplo y el zumbido
del arretrato rojo de quedarse.
El hospital se borra en su blancura,
esa sala de espera es no lugar,
la habitación sin lágrimas ni olivos
es también no lugar, los lavatorios
y ascensores que nunca se detienen,
el pasillo alargado como el miedo
de biopsia en biopsia es no lugar.
La madre le cosió dos grandes senos
con hilo destrenzado del cordón
que la anudaba al tiempo y sus asomos.
Ahora un médico serio, preocupado
descose uno de ellos, lo retira
en silencio, y la extensa cicatriz
que corre por el tórax como el frío

abrasa los paisajes de la tundra.
Pero sobre su pecho, la mujer
sombrea un árbol negro, transversal
por la ira de perderse en el otoño.
También nubes y niños anhelantes
en su transpiración y su ajetreo
para mojar la tarde y las palabras.
El viento que entra en tromba la despeina
y su risa es un pájaro veloz.

LA MUJER SE PINTA EL CUERPO DE AZAFRÁN
tras la maceración de los dolores.
El tiempo ha liberado su tanino,
la piedra y la madera se volvieron
espuma microscópica y febril
que subió como hiedra por los arcos
con que la plaza inventa las alturas
y se abre con vehemencia a la ventisca.
También en la mujer penetra el viento
por todas las esquinas, medallones
que se colgó con rabia en la solapa
mientras pintaba en ella y sus maletas
de pronto coloreadas de marrón
o de rojo sombrío por las tardes,
el brandy que dormita en las barricas
y suelta sus antojos y su edad.
Sobre los muslos altos y dorsales
de arenisca soñando en remolinos,
la mujer traza un mapa de isobaras
con que vienen la luz y los naufragios,
el día y sus clausuras, su cantera,
los troncos que el Pacífico retorna

con un amor furioso e impaciente.
También los otros mares depositan
en ella y en su vientre mineral
como una plaza grande y porticada
el corazón mismísimo del tiempo
por su estigma de brote, insensatez
de azafrán o de especias amarillas
con que inventar el júbilo y el sol.

LA MUJER ES UN BELLO, IMPLACABLE ANIMAL
que se pinta con nieve el corazón.
Una osezna que hiberna largamente
pero pare a sus crías en el frío,
un animal feroz, sobrepasado
por su propia pasión, temperatura
que derrite la escarcha y los desaires.
Mientras el oso duerme, merodea,
mastica con desgana los recuerdos
y rebaja su tasa metabólica,
ella desgasta el tiempo del glaciar
como hielo que vive su tormenta,
su estallido feliz, cristalográfico
que le devuelve el modo más flexible
y líquido, también nombrado amor
o arroyo que le corre por las patas
y hace bajar al hijo, a los oseznos
hasta el suelo en que habrán de levantarse.
Entonces toma nieve y se calienta
el corazón blanquísimo y ardiendo
en su aterida cueva silenciosa.
A nada temerá, con sus dos manos
arranca sus criaturas, sus pesares,
baja vida caliente de sus ingles,
de sus huesos inmensos y esponjosos

que se abren con dolor mientras hiberna.
Las lágrimas de esfuerzo y de alegría
pintan de sal su pelo entumecido
y al caer sobre el hielo lo disuelven.
Con el perfecto blanco sobre blanco,
la floración arisca del invierno
reverdece al igual que la mujer.

CON UN ROTULADOR DE PUNTA VERDE
que derrama su menta y su espesura
bajo la estricta ley de los fluidos
(la presión hidrostática, el coraje),
la mujer pinta un prado y saltamontes
sobre su calva blanca y aterida.
Escribe insectos grandes, cariñosos
y hormigas diminutas que se duermen
en hojas encendidas de verdor
como si fueran formas de metal
que brillan en silencio en la madera.
Sobre su cráneo blanco y aterido
escribe la canción de las termitas
cuando mascan el tiempo y los tablones,
una constelación de escarabajos
que inventaron el cuerpo mineral,
orugas luminosas y valientes
que rompen la crisálida y no lloran,
esta suerte de nuevo nacimiento
en las briznas minúsculas de hierba
que arrasan la ceniza y su matriz.
En su cabeza blanca y aterida
que perdió los cabellos, los aplomos,
las hojas más oscuras de los pastos,

la mujer atenúa los venenos
y pinta una pradera accidentada
en la que hay hormigueros, piedrecitas
y un cubo de cemento y de ladrillo
que produce energía nuclear.
Contra ella se han escrito los insectos.
La tinta florecida en color verde
empobrece el uranio y su dolor.

LA MUJER ES UN PÁJARO QUE ARRASA
las tardes encendidas por el sol
mientras pinta en su cuerpo la memoria
como una flor de piedra para el aire.
En cada poro exacto, imperceptible
quedan fijados libros y retratos;
el altísimo arco de su entrada
sostiene contra el tiempo y su malogro
las piernas de la atlante que sujeta
las horas y los días, las labores
como almirez que canta su trajín.
No hay mayor fijación, mayor anclaje
en la lenta caída hacia la muerte
de los muros, los auges, los vencejos
y a la vez, con su piercing en la lengua,
con su lengua dorada de metal,
la mujer mueve el mundo y lo trastorna,
lo arrastra y conmociona contra sí,
arrasa como un pájaro las tardes
e inventa superficies cariñosas
con plumas y atavíos muy diversos,
con brújula y castigo del lugar
en que duermen los hombres y las diosas
cuya falda es de jade y de distancia.

MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ

(Valladolid, España, 1967). Poeta y profesora titular de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Salamanca. Ha publicado los libros *Tratado sobre la geografía del desastre* (1997), *La sola materia* (Premio Tardor, 1998), *Carnalidad del frío* (Premio de Poesía Ciudad de Badajoz, 2000), *La ausente* (2004) y *Atavío y puñal* (2012). También ha publicado las plaquettes *El ángel de la ira* (1999) y *Pasión vertical* (2007). En *Catorce vidas* (Poesía 1995-2009) se recogieron todos sus libros hasta 2010.

Antologías de su obra son *Libro del arrebato* (Plasencia, Alcancía, 2005), *Materia reservada* (Caracas, El perro y la rana, 2007), *Segunda mudanza* (México, UAM, 2012), *Mecánica y pasión de los objetos* (Quito, El Ángel Editor, 2013), *Memorial de las ballenas* (Nueva York, Artepoética Press, 2014) y *Cicatrices de aire* (Monterrey, Ediciones Caletita, 2014). Poemas suyos han sido traducidos a varios idiomas (gallego, inglés, francés, italiano, neerlandés y armenio). Jurado de varios premios literarios, entre otros, Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana en 2005, 2009 y 2014, Premio Miguel de Cervantes en 2007 y Premio José Donoso en 2013.

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Album de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre

40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apüshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo

79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanes. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa
95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Ángeles Pérez López



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en diciembre de 2014

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem